

Diccionario crítico de dudas inglés-español de medicina

Fernando A. Navarro. Madrid: McGraw-Hill/Interamericana de España 2000; 576 págs.
ISBN 84-486-0286-4.

Es una lástima que no seamos muchos los cardiólogos españoles que procuramos utilizar nuestra lengua correctamente en nuestros escritos o charlas. A la mayoría, queridos colegas, no os preocupan demasiado la precisión conceptual ni la riqueza formal de vuestra expresión y dejáis que poco a poco se vaya empobreciendo con adaptaciones miméticamente acrílicas del inglés. Nadie está libre de culpa, de todas maneras. ¿Quién no ha empleado –de palabra o por escrito– expresiones incorrectas (como «microalbuminuria», que significa albúmina enana en orina, o «suero fisiológico»), pobremente traducidas («manejo» postoperatorio, «colgajo de TV»), horriblemente miméticas (prueba de esfuerzo «en tapiz rodante», «IECA's», «resucitación cardiopulmonar») o simplemente sin traducir («stents»)? Todos lo hacemos continua, alevosa y lamentablemente; pero a algunos nos importa e intentamos enmendarlos y a muchos os importa menos y tenéis menos ganas de enmendarlos.

Todos, los contritos y los despreocupados, debéis leer este diccionario. He puesto a propósito el verbo «leer». No basta sólo con tenerlo en la estantería y consultarlo al modo olímpico (cada cuatro años), al hortofrutícola (de uvas a peras) o al litúrgico (de Pascuas a Ramos). Os aconsejo que lo leáis. De cabo a rabo. Parece absurdo: ¿leer de cabo a rabo un diccionario, como si fuera un libro? Sí. Puedo aseguraros que no es absurdo: los que pertenezcáis al segundo de los grupos antes descritos aprenderéis muchas cosas (os enteraréis, por ejemplo, de que cada vez que escribís «sudoración» profusa estáis cometiendo una barbaridad, pues debe decirse «sudación», o que el «tiroides» no es lo que creéis, sino que se llama «glándula tiroidea»); los del primero, además, disfrutaréis. Y espero que esta modesta crítica sirva para que todos, amantes reales o virtuales del idioma, reflexionéis acerca de vuestra responsabilidad en mantenerlo, embellecerlo y usarlo bien.

No tengo el placer de conocer personalmente al autor, pero ya desde el prólogo se advierte que, además de ser experto veterano, tiene sensibilidad lingüística, cultura, gusto literario y rigor metodológico encomiables. Se ve además que ha sido exigente y cuidadoso en la producción del libro, corrección de errores (hay poquísimos) y presentación tipográfica (es lástima que el gran número de entradas haya obligado a utilizar un cuerpo de letra algo pequeño). También se aprecia su procedencia del campo farmacológico, en el que es especialmente preciso y extenso (al igual que en el microbiológico y el anatómico). De todas maneras, los términos relacionados con la cardiología, en sentido amplio, están suficiente –aunque no completamente– representados. Por último, destacan también su imaginación (su propuesta de llamar «musculismo» a lo que opaca e incorrectamente se llama «culturismo», por ejemplo) y su valentía para ofrecer soluciones diferentes a las que propone la Real Academia Española (que con cierta frecuencia propone tonterías como «cederrón», «aeróbic», «biomedicina», «radioisótopo», «compartimiento» o «colesterina»).

En un campo tan complicado como la traducción de términos científicos al inglés, no es posible acertar siempre. No obstante, el autor ofrece la mayoría de las veces soluciones brillantes a palabras realmente difíciles (véanse, a modo de ejemplo, «*evidence based medicine*», «*ROC curves*» o «*informed consent*»). En algunos casos, las versiones propuestas tienen poco futuro, pues chocan con el uso («hiponatremia», «inótrupo», «estímulo liminar»), porque el uso incorrecto generalizado ha hecho perder toda esperanza («remodelado» miocárdico en vez de la propuesta «reestructuración», o «reactante» en vez de «reaccionante») o bien son ultrapuristas («sistema renino-angiotensínico»). En bastantes ocasiones se nos da un tirón de orejas merecido: ¿quién no ha diagnosticado alguna vez a un paciente de «angina refractaria»? (pues va y resulta que «refractario» sólo significa «resistente al fuego» y que la tal angina en realidad es «rebelde»); ¿quién no usa o menciona el «balón» de angioplastia? (que en realidad es un globito); ¿o quién no ha indicado o practicado un ecocardiograma de estrés? (al parecer, la palabra «estrés» sólo se ha aceptado para referirse a la tensión psíquica). Hay pocas expresiones que considero discrepantes. Una, de poco fuste, es proponer «reflujo valvular» como alternativa a «insuficiencia» al término inglés «*regurgitation*». Otra es aceptar la costumbre de llamar «enfermeras» a las «*receptionists*» de muchas consultas, quienes no siempre poseen el título correspondiente, o «auxiliares» a los «*technicians*» (en los tiempos que corren hay que cuidar mucho estas cosas). Otras, como proponer «entorchado» para las «*torsades de pointe*», «hemicardio derecho» para el coloquial «corazón derecho», «choque» cardiogénico (aunque también lo haga la

Real Academia Española) o «desequilibrio aniónico» para «*anion gap*» (que, a mi juicio, viene mejor reflejado por «aniones restantes») son simples borroncillos en un texto ejemplar.

Para concluir, me referiré a cinco expresiones realmente difíciles o conflictivas, que fui inmediatamente a buscar como piedra de toque del rendimiento de este diccionario. La primera es «*stent*», que el autor traduce, en mi opinión con toda corrección, por «endoprótesis vascular». La segunda, «*bypass*», igualmente bien vertida al castellano por «derivación». La tercera, «*triage*», no la incluye. La cuarta es «*angiotensin-converting enzyme*». Unos la llamamos convertasa, otros «enzima convertidora», «convertora» o «convertiva». El autor parece abogar tímidamente por esta última (por cierto, confiesa veladamente que le encantaría atreverse a proponer «encima» en vez de «enzima»), aunque eclécticamente se limita a indicar que su nombre oficial es peptidildipeptidasa. La última expresión, quizá la única decepción —si puede llamarse así— personal, es «*odds ratio*». Habría sido espléndido que este reputado experto hubiera concordado con la que algunos hemos propuesto (véase «¡Ay, madre! ¡Tengo que dar una charla!»): «momio». Todo no puede ser.

Eduardo Alegría Ezquerria
Departamento de Cardiología
y Cirugía Cardiovascular.
Clínica Universitaria de Navarra. Pamplona.